

Hernando Ospina López



No se vislumbraba que sobre la paz de la Ciudad Blanca, hogar insomne de ese apretado haz de muchachos que un día con el corazón rebosante de fé, pero oprimido sí por el dolor de la tragedia del compañero caído en el seno mismo de su ciudad, y que como ellos, era una promesa para la patria, la horrenda sombra de la muerte por aquella calle que es la de la vida de la juventud, los asechara en forma tan sorpresiva.

A ése inmensa y pujante río humano, fervoroso ciertamente en el espíritu, erguido ante la adversidad y alegre hasta lo más cimero en el triunfo de sus caras aspiraciones, iba unida la vida de Hernando Ospina López.

Pero cuando ante los designios de la vida, la tragedia que no se sospecha, asida de brazo con la muerte, asalta el alma misma de la patria que es su juventud estudiosa, y sobre ésta se cierne inmisericorde, el espíritu se confunde, se conturba.

Así nos ha acontecido con la prematura desaparición de este gallardo muchacho. Cuando su juventud, toda ella llena de ilusiones, de esperanzas en el porvenir de una carrera que él había abrazado con entrañable amor, apenas sí comenzaba a marcarle sus más ciertos derroteros en el porvenir, fue a rendir su última jornada al Dios justo, en circunstancias que nos duele en lo más profundo.

Ya, en las aulas de la Facultad de Veterinaria, no se escuchará más la voz de Hernando Ospina, porque la muerte con su certera garra, le ha dado el leve zarpazo para llevárselo a lo eterno —ella cerró sus ojos, inmovilizó su cuerpo para siempre—. Pero su espíritu que desde lo alto ha de ser una antorcha de fé y de esperanza en el porvenir, queda grabado indeleblemente en el alma de sus compañeros, profesores y amigos que acibaradamente lamentamos su eterna ausencia.

Nosotros, ante la tumba de Hernando Ospina nos inclinamos con el alma sobrecogida por el dolor, y hacemos llegar en esta hora de amargura para todos sus deudos, nuestra más sentida manifestación de pesar.

CARLOS E. BELALCAZAR G.

Bogotá, 4 de julio de 1954.